

cuando ha enseñado y enseña, según la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles, que no se puede disolver el vínculo del matrimonio ni por el adulterio de uno de los dos consortes; y cuando enseña que ninguno de los dos, ni aun el inocente que no dió motivo de adulterio, puede contraer otro matrimonio, viviendo el otro consorte, y que cae en fornicación el que se casare con otra dejada primero por adúltera, ó la que dejando al adúltero se casare con otro, sea excomulgada."

Otra de las causas para el divorcio es la idolatría, la heregía ó apostasía en que cae uno de los consortes; pero queda vigente el vínculo, como consta del citado concilio; y la razón principal que hay para conceder el divorcio en este caso, es el gravísimo riesgo en que se halla el inocente, de cometer igual delito; y así es que el cónyuge fiel debe recibir al delincuente luego que se arrepienta y se reconcilie con la Iglesia, si no es que en el tiempo intermedio esté en tal estado que ya no lo pueda recibir, como si se entró en religión. No así cuando la separación se ha hecho por adulterio; pues aunque puede, y será muy conforme á la caridad que el inocente reciba al culpado arrepentido de su delito, con todo, no está obligado á ella. Igual separación se concede á la muger cuando el marido no solo comete otros delitos graves, sino que la inclina y obliga á cometerlos tambien, ó ayudándole en los suyos. A la misma clase se refiere el miedo grave de perder la vida ó la salud, como si á uno de los dos conyuges le ha sobrevenido lepra ú otro mal grave; si ocultamente ha maquinado la muerte de su consorte, y otras á este modo, cuyo conocimiento é instrucción pertenece al juez; á nosotros nos basta lo dicho para conocer que no es un asunto ligero que por cualquiera causa se debe emprender; que lo mejor es el evitarlo, hablo con el inocente, con medios prudentes, y ante todos, el que explicamos en la lección anterior, conservando una paz imperturbable.

---

DIA VEINTE Y CUATRO.

**Vigilia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.**

La fiesta del nacimiento temporal del Salvador del mundo, que es una de las mas antiguas y mas solemnes en la Iglesia, corres-

pondia que tuviese y de hecho tiene una vigilia muy privilegiada. La misa de ella y el oficio todo se dirige á inspirarnos una gran veneracion á aquel dia celeberrimo, de suma felicidad para los hombres, en que su Redentor beneficentísimo, dejando el seno materno, el real asiento, el cielo abreviado en que habia habitado nueve meses, salta á la tierra del exterminio, como la llama el Sábio, y la santifica con su presencia corporal. Ya se ha dicho otra vez el origen y el espíritu de estas vigiliass, que se pasaban en la iglesia la noche que precedia á las fiestas solemnes, y que siempre iban acompañadas del ayuno, para mejor prepararse á celebrar la fiesta siguiente. Después que la Iglesia observó los abusos que solia haber en ellas, las prohibió, y no ha conservado esa costumbre sino en la vigilia de Navidad. Considera la Iglesia esta vigilia como el dia mas santo del Adviento, y como una parte ya de la celebridad del nacimiento; y hace su oficio de rito doble desde los Laudés, que es decir, desde el amanecer, cuando en las otras vigiliass el oficio doble no comienza hasta las vísperass; y es la razon de esta diferencia el celebrarse el nacimiento del Salvador á la media noche; por lo que todo el dia precedente se destina para prepararnos á su celebridad. En él cesaba antiguamente toda obra servil y todo trabajo corporal; hoy está dispensada esta observancia; pero no por eso se nos dispensa de los ejercicios de piedad y penitencia con que conviene que nos preparemos.

Consecuente á este espíritu y al fin que se propone la Iglesia en esta vigilia, reúne en su oficio cuanto hay en la Escritura mas tierno y mas patético, tocante al nacimiento del Mesías: votos de los Patriarcas, deseos ardientes y enigmáticos de los Profetas, figuras sagradas, símbolos misteriosos, todo se reúne el dia de hoy para excitar la confianza y la fé en el corazón de los cristianos. "Hoy sabreis, les dice en el Invitatorio y en el Introito, hoy sabreis que vendrá el Señor y os salvará; y mañana vereis su gloria. Pueblo de Judea y de Jerusalem, no temais ya, ni gimais por vuestro destierro; pues mañana tendreis un Salvador, que os sacará de esta region del llanto. La iniquidad de la tierra se borrarà mañana, y el Salvador que va á nacer reinará sobre nosotros. El Señor vendrá en persona, salidle al encuentro diciendo: "Hé aquí al Dios Todopoderoso, Príncipe de la paz, Soberano Señor del cielo y de la tierra, cuyo supremo poder, y cuyo reino no tendrá jamas fin, como tampoco ha tenido principio." Hasta aquí habla la Iglesia; y que-

riendo consolar á sus hijos, les asegura que el Señor de los ejércitos es quien les ha hecho esta magnífica promesa. Mañana, sí, mañana sereis salvos; el Señor es quien lo dice, el Dios de los ejércitos os lo promete."

Como el dia, segun el lenguaje de la Escritura, comienza desde la tarde que le precede, y como consecuente á esto David observaba guardar el dia desde la tarde precedente, pues dice: "A la tarde, á la mañana, y al medio dia cantaré las alabanzas del Señor, le expondré mis miserias, y oirá mis votos;" la Iglesia ha guardado siempre este estilo, y comienza sus fiestas por las primeras vísperass. Las que canta esta tarde son el principio de esta solemnidad, y están llenas de sentimientos de devocion, de gozo y de confianza. "El Rey pacífico, dice el Supremo Señor del Universo, que viene á establecer la paz entre Dios y los hombres, y cuya venida esperan con ansia todos los verdaderos hijos de Dios, éste Dios, éste Salvador ha hecho ostentacion de su grandeza en su nacimiento temporal; y aquel, cuyo nacimiento parece tan oscuro, es mas glorioso en ese establo vil y despreciable, que todos los monarcas del mundo en sus soberbios palacios; pues la magnificencia de estos no saca á los reyes de la condicion de hombres; mas el que nace esta noche en un establo, no es un puro hombre, sino un Dios verdadero, un Hombre Dios; y la pobreza del pesebre nada le quita de su dignidad. En fin, llegó el tiempo en que María debia dar al mundo á su Hijo; ya se han cumplido las profecías de Jacob y de Daniel, tocantes al Mesías; el reino que habian ocupado los descendientes de Judas, habia pasado á Herodes Ascalonita, idumeo de nacion, y las setenta semanas predichas por Daniel habian espirado; luego habia llegado ya el tiempo del nacimiento del Mesías, y así añade la Iglesia: "Sabed que el reino de Dios está cerca: en verdad os digo que no tardará, pues el Salvador debe nacer dentro de pocas horas." ¿Con qué sentimientos de religion, de gozo, de amor y de respeto, deberémos prepararnos para recibirle? ¿Hay en todo el año dia mas digno de la devocion de los fieles? ¿No deberémos esforzarnos cuanto nos sea posible, para indemnizarlo hoy de la indiferencia y malos tratamientos que sufrió de los hombres estando aun en el seno de su Madre pocas horas ántes de nacer? Sabido es que la Santísima Virgen su Madre y Señor San José, llegaron á Belén la tarde de este dia, y no hallaron en todos los mesones y hospedages de la ciudad un rincon en que alojarse,

por el desprecio é indiferencia con que se les veía á causa de su pobreza: un portal arruinado, una cueva que servia de establo á las bestias fuera de la ciudad, fué todo el alojamiento que halló el dueño Soberano del Universo: en él se albergaron las personas mas grandes y de mas dignidad que ha visto, ni verá jamas el mundo; en él espera la dulcísima María el suceso feliz que ha de poner en sus brazos y á su vista al Hijo tiernísimo de sus entrañas, que es al mismo tiempo su Dios y su Señor: en él finalmente se verifica el nacimiento temporal de aquel que ab-eterno nace del Padre Celestial, y que hecho hombre, nace de María.

Un objeto tan grandioso como la celebridad del nacimiento del Mesías, solemnizado por la Iglesia con una vigilia tan privilegiada y una fiesta de tanta santidad y grandeza, reclaman de los fieles todo el espíritu de piedad y fervor que animaba á los primeros cristianos. Las vigiliias que estos guardaban eran santificadas hasta llenar su objeto, con el ayuno, la penitencia y la oracion: lejos del fausto, la vanidad, la gula, ó una loca alegría, solo se veia en ellos la modestia, el silencio, la oracion y el espíritu todo de una religion verdaderamente divina. ¡Oh, sean la norma de los cristianos de hoy, los de aquel siglo de oro de la Iglesia; y ya que esta Madre prudente y considerada, afloja algo en el rigor del ayuno por la mas amplia colacion que permite en esta noche, no sea su piedad una ocasion de gula ó un lazo de desenfreno para los hombres sensuales é inmortificados, pues celebramos el nacimiento de aquel que siendo dueño de todo el Universo, quiso nacer en la mayor pobreza, y alimentarse de la leche virginal de una Madre pobre, modesta y religiosa!

### S. Delfino, obispo de Burdeos.

La historia no nos presenta á S. Delfino, ni menciona ninguno de sus hechos, sino hasta despues de su elevacion al obispado de Burdeos, mostrándonoslo como uno de los principales defensores de la fé ortodoxa, contra las doctrinas heréticas de su tiempo. Tenia una amistad estrecha con S. Tebadio, obispo de Agen, en la misma provincia, y continuó con él la obra que éste habia empezado en tiempo del célebre S. Hilario, para purgar la segunda Aquitania de los restos del arrianismo. S. Ambrosio, obispo de Milan, escribió una carta á estos dos santos prelados, alabando la u-



*Sta Victoria Virgen y Martir.*



*S. Delfino Obispo.*



*S. Eutimio Martir.*



*La Natividad de Ntro Sr. Jesucristo.*

nion que formaba en ellos la caridad cristiana, y los frutos que producía ésta en utilidad de su Iglesia.

S. Delfino, animado de un fervoroso celo por conservar la fé católica en toda su pureza, asistió al concilio de Zaragoza en España, celebrado en el año 380, contra los priscilianistas. S. Tebaldo tambien asistió á él, y aun se dice que lo presidió, por las consideraciones que se debieron á su avanzada edad, y al mérito particular de su persona. Los hereges, cuyos gefes eran Instancio y Salviano, obispos, y Elpidio y Prisciliano, legos, no habiéndose atrevido á exponerse á la censura del concilio, fueron condenados en su ausencia. El emperador Graciano dió en seguida un rescripto, desterrando de todos los lugares sujetos á su obediencia á los hereges; y como en el citado concilio se habia declarado como tales á los priscilianistas, se dispersaron éstos para no ser convencidos de que formaban secta; algunos de sus obispos cedieron con docilidad; mas Instancio, Salviano y Prisciliano, que fué ordenado obispo por los suyos despues del concilio, marcharon para Roma, para justificarse ante el papa S. Dámaso.

Al pasar por la Aquitania fueron recibidos con magnificencia en Eausa por varios sugetos ignorantes que los creyeron grandes siervos de Dios, y que fueron infectados con sus errores. Mas en Burdeos no sucedió lo mismo, porque la vigilancia y celo pastoral de S. Delfino, que velaba cuidadosamente sobre sus pasos, les impidió que se detuviesen allí, y de este modo libró su rebaño del mortífero contagio que llevaban consigo aquellos heresiarcas. Llegaron estos á Roma; pero nada alcanzaron, porque el papa S. Dámaso no quiso verlos ni oirlos. Salviano murió en esta ciudad, é Instancio y Prisciliano volvieron á Milan, donde S. Ambrosio no les fué menos contrario. Viéndose desairados por estos tres grandes prelados, se dirigieron á la córte de Graciano, en donde reglando y gastando con profusion, consiguieron un decreto para volver á sus iglesias, de donde el mismo emperador los habia desterrado. Vueltos á España con este triunfo, ganaron al procónsul, y suscitando una gran persecucion contra el obispo Itacio, lo acusaron de perturbador de las iglesias. Itacio se fué huyendo á Francia á presentarse al prefecto pretoriano; mas los priscilianistas con varios manejos, lograron que el emperador pasase la causa á España al tribunal del vicario de la nacion.

Entretanto fué Máximo proclamado emperador, y luego que lle-